

niak me mira fijamente y me habla en ruso marcando fuertemente las sílabas, cual si quisiera que la sola fuerza de persuasión me hiciera adivinar el lenguaje.

—¿Qué ha dicho?—pregunto a Valentín Parnak, algo alarmada.

—Que Rusia ya no existe. Que hoy es la U. R. S. S. (Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas).

—Partiré pronto para Nueva York, agrega confidencial. Iré a visitar el rascacielos del capitalismo. Y vengo de la meseta del Pamir «el techo del mundo». Sin embargo todos los paisajes recorridos, las distintas costumbres y civilizaciones no me han dejado esa impresión de vida intensa que es para nosotros, hombres de 35 a 40 años cada año vivido de nuestra revolución. Cada uno de ellos es un siglo de recuerdos. Cada detalle la conquista de un nuevo mundo. Es para mí, como para mis compañeros la sensación de haber vivido múltiples existencias.

Me pregunta si deseo saber algo más. Ya le he retenido una hora y me parece abuso continuar a pesar de mi interés.

Antes de alejarse agrega:

—Usted puede escribir sobre esta entrevista cuanto quiera: menos iniciar una contrarrevolución. Y sin embargo si esta se efectuara y usted estuviera en el campo enemigo, yo iría hasta usted y le besaría la mano.

No creo que en Versailles se despidiera un gentil hombre en forma más caballeresca. — MARTA VERGARA.—París, Octubre de 1931.

LA NUEVA IMAGEN DEL HOMBRE

Es ist an der Zeit, dass der Mensch sich sein Ziel stecke, es ist an der Zeit, dass der Mensch den Keim seiner höchsten Hoffnung pflanze.

Nietzsche, *Zarathustra*.

Colonia, 1931.

EN los senos del espíritu contemporáneo se está plasmando una nueva imagen del hombre. Trasciende ya al exterior en múltiples e inequívocas manifestaciones, la soterraña faena,

El hombre camina a una integración plena, hacia el hombre del equilibrio armónico entre espíritu e instinto. Esta síntesis

es la tarea postulada por nuestra época como *desiderátum* que condiciona uno de los aspectos esenciales de su proceso histórico.

Una precipua concepción antro-po-filosófica nos anticipa el perfil de la nueva imagen. Así, atento a una integración de todas las direcciones del saber, presupuesto de una nueva cultura ecuménica, Max Scheler afirma como finalidad del proceso de humanización—finalidad relativamente alcanzable en cada época histórica—el ideal del hombre plenario. «El ideal para el hombre, si de algún modo se lo ha de llamar, es el *todo hombre*» (1).

Según Scheler, no cabe sostener que el hombre, moviéndose en la órbita de una progresiva evolución biológica, tienda a rematar en el tipo del superhombre, como lo proclamara el optimismo vitalista de Nietzsche, ni tampoco que esté necesariamente librado a un descenso biológico hasta el nivel de la animalidad. Pero si el hombre, en sentido biológico y morfológico es un ser definitivamente fijado ya y substraído, por ende, a ulterior evolución, en cambio, como ser histórico y según la pauta de su constitución esencial es indefinidamente perfectible. En todo momento de su devenir puede la acción concertada del espíritu y de la voluntad, inspirándose en un ideal de libre autoformación, reelaborar, depurar, incrementar el núcleo plástico y vivo de la naturaleza humana.

* * *

En los últimos decenios del siglo XIX, Nietzsche, en nombre de los valores vitales, eleva la primera protesta contra ese ente despotencializado y exangüe que las valoraciones convencionales de una cultura de máxima sublimación ascética y racionalista habían dado en llamar «hombre». Denuncia la sistemática deformación de la imagen del hombre operada por los intereses de determinadas épocas, comunidades, religiones, sectas, normas sociales. Los conceptos accidentales en que se orienta esta apreciación están de antemano viciados y falseados por la prevalencia de tales intereses. Urge, pues, distinguir entre auténticos y falsos valores, entre vida afirmativa, ascendente, y decadencia, desvitalización. Hay que restablecer la dignidad del hombre como un ser uno con la naturaleza; afirmarlo en sus instintos, en sus ímpetus, en su efectiva gravitación telúrica.

(1) *Der Mensch im Weltalter des Ausgleichs*, pág. 55, in *Philosophische Weltanschauung*, Bonn, 1929.

«Zarathustra», poseído de esta misión, desgarrar el velo de ilusivos postulados morales y convencionalismos sociales; emprende la gran lucha por devolver al hombre, «el sentido de la tierra». Deviene geólogo apasionado del ánima humana, la que olorosa y promisoramente de insospechada flora emerge, tras ardua jornada de redescubrimiento, como tierra de dilatadas orillas. Exalta al hombre como ser biológico e instintivo porque sabe —verdad psicológica del momento lírico— que «en la noche se eleva la voz de todos los surtidores». Favorece así el regreso del ser humano al obscuro seno primigenio, *alma mater* de germinaciones.

(De antirrationalismo pre-socrático se nutrió la aguda desconfianza de Nietzsche en el «espíritu», en la «consciencia» a la que considera apócrifa potencia vital. Actitud que hoy alcanza contenido positivo en el panvitalismo romántico propugnado por Ludwig Klages; búsqueda y exaltación de la *vida* y del *alma*, primacía de lo inmediato. A lo espiritual, a lo consciente, considerado como un principio negativo y destructor, se opone lo anímico, lo meramente biológico, tenido por lo único capaz de perpetuar y henchar la vida. Klages, confundiendo espíritu con inteligencia técnica, presenta «el espíritu como enemigo del alma» (*Der Feist als Widersacher der Seele*, título de su obra más reciente y sistemática). Este animismo a ultranza, verdadera arremetida contra la actividad consciente y el intelecto, tiende a revelarnos la fuerza creadora del alma, su potencia mágica y puede expresarse integralmente por lo que está dicho en el *Hyperion* de Hölderlin: «el hombre es un rey cuando sueña, y un mendigo cuando reflexiona»).

Bien interpretada, la idea nietzscheana del *super-hombre* tiene más que el valor de un ideal, uno polémico e incluso un carácter simbólico. Se erige, en primer lugar, como contrafigura del «hombre moderno», abúlico y desvitalizado a fuerza de pseudos escrúpulos morales. Como una invitación a la ascensión, Zarathustra pone ante los ojos de este ente moralizador e histórico el paradigma del super-hombre, «nuestro más próximo estadio».

Nietzsche, genial psicólogo, en su ardiente conquista del hombre nos aportó en germen la nueva verdad, el postulado que coinciden en sostener la psicología actual y las más recientes investigaciones en el dominio de las ciencias del espíritu: El hombre es *cuerpo-alma-unidad*, y como tal hay que contemplarlo en su totalidad dinámica y dentro de la pluralidad de ámbitos en que vive y de cuyas posibilidades él es portador.

Más el lado psico-físico del hombre no es el único elemento

de la imagen en gestación. Nuestra época, reaccionando contra la sublimación ascética espiritualista, lo ha exaltado en demasía. El espíritu y todas sus manifestaciones experimentan hoy una visible desvalorización y correlativamente se supervalora la vida instintiva hasta el extremo de que puede hablarse de una verdadera rebelión de los instintos. Sin embargo, este acusado movimiento de *re-sublimación* (1) es una inevitable etapa transitoria que conduce a un nuevo tipo humano, al hombre de la tensión entre espíritu e instinto, expresada en unidad de existencias y acción.

* *

Ya se le ha restituído al hombre la naturaleza, del cual la había proscrito una exagerada sublimación ascética; él ha devenido así partícula cósmica expansiva, cargada de sugerencias vitales. En todos los predios de nuestra época se siente la presencia orgiástica de Dionysos, y una nueva primavera corre por las playas del mundo.

En realidad, un orbe que ha envejecido irremediabilmente añora la perdida juventud; pero una juventud que sólo se busca en la vibración instintiva, en el instante aleatorio del éxtasis biológico, sin llegar a tomar consciencia de sí, a contemplarse como permanente presencia esencial, no es del todo juventud! Cada primavera pasa sobre el árbol añoso y lo cubre de verdor; pero este reverdecer cíclico no es *la* primavera, sino que ésta, como esencia telúrica *es* permanente presencia y está en el cosmos como el espíritu en el hombre. No en el resplandor fugaz que dispara el adentrado fuego del instinto—fragua de toda vida—sino en la sosegada claridad del espíritu, perspectiva abierta hacia el mundo, reencuéntrese el hombre en su esencia fundamental y se percibe solidario de la naturaleza total y en contacto inmediato, esencial y existencial, con el fundamento supremo de las cosas.

* *

Tenemos ya al hombre en posesión de uno de los términos de su ecuación: *vida*; palabra que erigida en lema define casi sin residuo la orientación de nuestra época con su clamor vitalista y su práctica de la filosofía del orgiasmo; ahora él, consciente de su estructura esencial, ha de ascender hasta el otro término:

(1) Según Scheler, quien introdujo el concepto y el término, el proceso de *re-sublimación* consiste en la limitación, conscientemente querida, de la cantidad de energía que el organismo aporta al cerebro y respectivamente a la inteligencia, en la que toda actividad puramente espiritual aparece incluida.

espíritu. Vuelto hacia el ideal del hombre plenario, se le impone, pues, la tarea de abarcar *vida y espíritu, instinto e idea* en una armónica síntesis metafísica—síntesis que, como un todo indiviso y viviente,— ha de traducirse por la concreta personalidad del hombre, en tanto ente histórico encaminado hacia una finalidad que es él mismo.

Así como no cabe desglosar al hombre de su medio cósmico, aislarlo de la naturaleza, tampoco es posible, sin condenarlo a asfixia en el ámbito concluso de su mundo circundante, privarlo de su contacto con el fundamento último de las cosas, vale decir de la atmósfera metafísica en que por encima del hombre-naturaleza alienta el hombre como esencia espiritual. Sólo por esta doble vía le será posible al hombre llegar a la fecunda referencia de la vida al espíritu y del espíritu a la vida, y así aproximarse a la idea del fundamento cósmico, el que como substancia está necesariamente por sobre la oposición de vida y espíritu, de ímpetu e idea.

Tal el escorzo del ideal del ser viviente espiritual, el nuevo microcosmo que se insinúa en el horizonte de nuestra época. Alertas a su signo, podemos decir con Nietzsche, seguros de que su exigencia es algo que ha acontecido: es tiempo que el hombre, proponiéndose su finalidad, plante la simiente de su más alta esperanza. Consciente del objetivo que se ha creado, el hombre deviene posibilidad en marcha, desarrollo indefinido; es, para sí mismo, tarea inacabable.

El espíritu humano, según Scheler, es teatro de un doble proceso, de humanización y de divinización, recíprocamente condicionados. En última instancia, aunque la divinidad no pueda realizarse sin el hombre, no es Dios, quien se humaniza, sino que aquí es postulada la divinización del hombre. Resuena y se prolonga en la concepción scheleriana uno de los más centrales pensamientos de Nietzsche: De existir Dioses, ¿cómo resignarnos a no ser uno de ellos? luego, no los hay. No los hay, fuera del hombre que haciéndose a sí mismo eternamente se autodiniviza. Si él es una dirección del movimiento del universo mismo, su objetivo, entonces, no es otro que devenir cada vez más el hombre del espíritu divino. Peregrino a través de su propia historia, humanizarse integralmente, vale decir, divinizarse, ha devenido para él su más ascendrado conato.—C A R L O S E S T R A D A.